

HE leído en este periódico con verdadera sorpresa, preocupación y hasta angustia una frase de mi admirado ministro de Cultura, Jorge Semprún. Esta frase es la siguiente: «Desde el Poder afirmo que el teatro es ante todo crítica del Poder.» Mi angustia, repito, ha sido y es grande. ¿Cómo es en realidad mi admirado ministro Jorge Semprún? Por otra parte, ¿cómo es en realidad cualquier hombre no ya dentro del Poder, sino también fuera de él? Por lo que Jorge Semprún tiene de creador no me atrevo a atribuir esta frase a un puro acto de cinismo. ¿O es que el Poder, aunque sea pequeño, puede llevar a una grotesca paranoia?

Me gustaría desde estas líneas aclarar muchas verdades. Me gustaría en estos momentos conversar directamente con nuestro ministro de Cultura. Mi angustia es tal que quisiera estar ahora mismo en una clase de mi ya casi olvidada Universidad de Salamanca para hablar sobre este tema con una juventud vibrante, deseosa de saber, inquieta y rebelde. Desearía también estar ahora mismo expresando todo lo que siento en un aula de la Universidad vieja salmantina para sentirme envuelto en la atmósfera de aquellos hombres que allí hablaron, como Unamuno, fray Luis de León, Salinas, padre Vitoria, Dorado Montero y tantos como pisaron aquellas aulas exponiendo la verdad de sus creencias. ¡Qué lejos de nuestros «eméritos» actuales, que exhiben un vacío sin pudor a cambio de cualquier «imagen»! Me gustaría hablar con muchas personas, estudiantes o no, pero que tuvieran la inquietud que la frase de mi querido ministro ha hecho soliviantar mis entrañas. ¡Ay, qué largas y profundas historias se podrían contar!

La frase me ha hecho recordar, en primer lugar, las lecciones que sobre Shakespeare tuve que explicar en aquellas aulas. Me ha hecho recordar la crónica histórica del autor citado titulada «Ricardo III». Cuando en el último acto de la crónica, Ricardo III se escapa de un campo de batalla, perseguido, tratando de salvar su vida, después de haber luchado tanto por el Poder, dice: «Mi reino por un caballo», en estos momentos geniales de la tragedia podemos ver bien claro que para Ricardo III un caballo vale más que la lucha de toda su vida en busca del Poder. ¿Y usted, mi admirado ministro, desde el Poder dice la frase citada al principio, cuando bien sabe que no va a servir para nada? ¿Recuerda, mi querido ministro, bien a Shakespeare? ¿Recuerda la historia del teatro de España en toda su trayectoria? ¿Recuerda las vidas humanas que poco a poco dieron y dan su sangre por el arte dramático? ¿Conoce las obras escritas por estas vidas ya en el franquismo o en nuestra democracia? ¡Ay!, lo exclamo con dolor: creo que no. Cuánto siento tener que decirle esto. No puedo ni creerlo en el concepto que tengo de usted. Un concepto, para mí, terriblemente batallador y humano.

Quiero recordarle o intentar hacerle ver dos cosas: la primera es lo que la crítica especializada entiende por el Poder en el teatro de Shakespeare. La segunda es la que un dramaturgo como yo entiende por el Poder reflejado en el teatro.

Sobre la primera cuestión quiero decirle que creo habrá leído a Jan Kott, quien escri-

CARTA URGENTE AL MINISTRO JORGE SEMPRÚN

Por José MARTÍN RECUERDA

bió «Apuntes sobre Shakespeare», editado en Seix Barral, Barcelona, 1969. Como recordará, dicho crítico nos dice en esta obra: «La lucha por el Poder es un círculo cerrado.» «Cada una de las grandes tragedias históricas de Shakespeare empieza por la lucha para conseguir el Trono, o bien consolidarlo, y cada una termina con la muerte del Monarca y con una nueva coronación.» «En cada crónica trágica el Monarca legítimo arrastra tras de sí una larga cadena de crímenes, aparta de él a todos los señores feudales que le ayudan a conseguir la Corona, asesina a sus enemigos, a sus aliados, a los herederos del Trono, pero nunca es posible matarlos a todos. Del destierro vuelve un joven príncipe, hijo, nieto o hermano de las víctimas, que se erige en defensor de la Ley y personifica la esperanza del nuevo orden y de la Justicia. Y cuando el joven príncipe se encuentra cerca del Trono, arrastra una cadena de crímenes tan larga como fue la del Monarca entonces legítimo y aparece un nuevo pretendiente al Trono.» O sea, otro asesino.

¿Qué me dice de todo esto? ¿El teatro, como dice usted, «es ante todo una crítica del Poder»? ¿Si el Poder es así, los que rigen hoy día el Poder de nuestro Gobierno pueden dejarnos hablar en un escenario sobre «la crítica del Poder»? Bien sabemos que la civilización del siglo XX no admite asesinatos, ni esas traiciones que se ven en las obras de Shakespeare, pero la Humanidad ha sido siempre, como sabe, bastante complicada. Tan complicada que Shakespeare escribía sus crónicas del Poder llevándolas no al siglo en que vivía, cuando reinaba Isabel I de Inglaterra, sino a los finales del siglo XIV hasta los finales del siglo XV. Siempre hablaba de un Poder pasado, aunque este Poder fuera eterno y reflejara el presente en que vivía. En resumen: todo el que ha escrito y escribe sobre el presente del Poder tuvo y tiene que reflejarlo a través de un pasado. Hemos de irnos más allá del tiempo en que vivimos para escribir sobre el Poder que nos ha tocado vivir, pero ¿conoce alguien a alguien? ¿Conocemos hoy día la España en que vivimos? ¿Y si no la conocemos, pero la intuimos, podremos criticar desde un escenario a las personas tal como creemos conocerlas o intuir las? ¿Nos perdonará alguien nuestro conocimiento intuitivo? ¿Cómo hacer para criticar al Poder en el teatro? Es la historia de siempre: hay que evadirse, hay que traicionar al arte dramático para lograr que una obra suba a un escenario. Qué tristeza tan grande, mi querido ministro. ¿Qué solución tomar para, con pureza, reflejar lo que vemos en la España en que vivimos?



J. Martín Recuerda
Escritor

sabrás— que hay también compañeros míos que sufrieron más o menos las mismas penalidades que yo para llegar a los escenarios. Fuimos y somos una generación llamada por muchos «generación realista». Hoy arrinconada, pero con la pluma en la mano, la mayoría seguimos con nuestra escritura.

Se ha hablado mucho, como usted sabe, del «realismo». Creo que Jan Kott acertó cuando en el libro citado dijo que «la grandeza del realismo consiste en haber apercibido en qué grado los hombres están comprometidos en la historia». «Unos se convierten en víctimas.» «Otros creen hacer la historia y se convierten también en víctimas.» «Otros no la hacen, pero no por eso dejan de ser víctimas.» En realidad se ve bien claro que el realismo es el compromiso que el hombre tiene con la historia en que vive. Quien esto siente, no pueden sus obras subir fácilmente a un escenario. Desde

que empecé a escribir para el teatro lo hice, sin poderlo evitar, comprometiéndome con la historia en que vivo. Tiene que haber en España grandes hombres de teatro para arriesgarse a estrenar obras comprometidas con la auténtica realidad. Apenas existen estos hombres, o estos hombres saben que no van a ser protegidos...

Así es que en España no puede existir verdadero teatro español por mucho que luche usted porque exista. Y no puede existir por dos razones muy sencillas: es la primera que aun habiendo cambiado las formas no han cambiado los talentos y no se puede hacer un teatro que no sea o un híbrido inocuo o pura coba al Poder existente. Es la segunda que el teatro y otras áreas de la cultura están invadidas por multitud de vividores y pícaros que le hacen la «olla gorda» al Poder, convirtiendo este país en escenario apoteósico de charanga y pandereta. ¿Qué hacer entonces? Creo que seguir escribiendo sin traicionarnos, esperando que alguna vez «el cambio deseado» llegue a nuestro país en lo que respecta a la verdadera cultura, que, como usted bien sabe, es la expresión libre de la grandeza y miseria de las naciones y no una programación «escaparatista» e interesada desde los recovecos del Poder. Culturalmente nuestra nación está casi totalmente hundida. ¿Somos algo más que una colonia invadida por una cultura foránea? Que hay muchos que tenemos fe en que culturalmente, y en lo que respecta al teatro, se levante la nación, no lo dude usted. Que hay muchos que soñamos, que esperamos: no lo dude usted. Pero para empezar creo que debemos destruir lo que hay y que el Poder, ya que no creador de cultura por su propia esencia, al menos deje de utilizar ésta en pro de su propio deseo de perpetuidad. Decía nuestro Valle-Inclán que crear es destruir. Ojalá nos llegue esta manera de crear con plena libertad. Usted bien sabe que no la tenemos en lo que respecta a la creación artística teatral.

VENDO PISO ZONA QUINTANA

128 m². Información y venta
Teléfono 261 65 63